

LIBROS

Roger C. Rinn y Allan Markle:

Paternidad positiva.

Modificación de conducta en la educación de los hijos.

México, Trillas, 1981. 132 pp.

(Título Original: *Positive Parenting*, 1977.)

La aplicación de los principios del aprendizaje a la tarea de moldear la conducta infantil no es una novedad. Otros autores, incluso de forma más extensa, lo hicieron antes.

Los autores explicitan sistemáticamente, en forma de reglas sencillas, los pasos a seguir para desarrollar, mantener o evitar una conducta concreta. Los ejemplos breves, incluso demasiado simplificados, tomados de su praxis en el Centro donde ejercen su labor, ilustran didácticamente las etapas del proceso. Se añade a esto una serie de ejercicios prácticos con sus correspondientes soluciones al final de cada capítulo. La comprensión y forma de aplicación de las reglas es, por consiguiente, asequible a un amplio sector de lectores.

Un capítulo sobre la modificación de la conducta de los padres pone de relieve que la modificación de la conducta del hijo no se da, la mayoría de las veces, sin la necesaria modificación de la conducta de los padres.

Paternidad Positiva es, pues, un manual de aplicación práctica que evita la discusión teórica y los juicios de valor sobre la conducta humana. La discusión teórica queda para textos de mayor envergadura y con otros objetivos. Los juicios de valor quedan en manos de los padres. Son éstos quienes deben decidir qué modelos, valores, etc. quieren inculcar a sus hijos. Rinn y Markle se limitan a indicar una de las maneras (muy pragmática, casi mecánica) de conseguir desarro-

llar, mantener o cambiar la conducta conforme a los modelos elegidos.

Expresiones empleadas por el traductor exigen al lector español un esfuerzo de acomodación a un lenguaje que no le es familiar.

Un valor del libro y de sus autores es que no se basan meramente en una deducción de los principios teóricos de la psicología experimental, sino que se ha elaborado teniendo en cuenta la praxis del centro donde los autores trabajan.

S. ESTAÚN

Acerca de la relación ortodoxia/efervescencia y de las aportaciones de
Jean Pierre Deconchy

En 1971 publiqué en la excelente revista que dirige Paul Fraisse, *L'Année Psychologique*¹, una recensión crítica del libro de Jean Pierre Deconchy, *L'orthodoxie religieuse. Essai de logique psychosociale*².

Terminaba aquella recensión manifestando la impaciencia con que esperaba «le deuxième volet de cette oeuvre, qui reintroduira la notion d'orthodoxie dans le couple dynamique qu'elle forme avec le messianisme, phase d'effervescence ideologique dislocatrice des systemes d'emprise orthodoxes».

Prueba de que ciencia e impaciencia no suelen congeniar la vemos en que la gestación no fue del orden de nueve meses sino de

¹ T. Ibáñez. Recensión crítica de J.P. Deconchy, «L'orthodoxie religieuse. Essai de logique psychosociale». Paris, Les Editions Ouvrieres, 1971, 373 pp., en *L'Année Psychologique*, Paris, 1972, vol. 72, n° 1, pp. 239-241.

² J.P. Deconchy, *L'orthodoxie religieuse. Essai de logique psychosociale*, Paris, Les Editions Ouvrieres, 373 pp., 1971.

nueve años; en efecto, en 1980 esta espera se veía por fin satisfecha con la publicación de *Orthodoxie religieuse et sciences humaines*³.

Hay un dato que explica, mejor que cualquier comentario, las razones de una gestación tan larga y también el hecho de que nos encontremos ante una obra excepcionalmente importante: durante este periodo Jean Pierre Deconchy ha publicado más de 40 artículos que han relatado los resultados de sus sucesivas investigaciones.

Jean Pierre Deconchy es actualmente catedrático de Psicología Social en la Universidad Paris X (Nanterre), pero hasta hace poco tiempo su función principal la realizaba en calidad de «Maitre de Recherches» en el C.N.R.S. (Centro Nacional de Investigaciones Científicas). Éste es otro dato que también habla por sí solo y que torna inútil cualquier comentario acerca del gran rigor teórico-metodológico que respalda el contenido de su publicación.

Para corresponder a ese rigor no queda otra alternativa que la de empezar el examen de las aportaciones de Deconchy, ofreciendo una formulación precisa de lo que este autor entiende por «ortodoxia».

Para Deconchy, un sujeto puede ser calificado de «ortodoxo» en la medida en que: «acepta e incluso pide que su pensamiento, su lenguaje y su comportamiento sean regulados por el grupo ideológico al cual pertenece y, particularmente, por los aparatos de poder de ese grupo».

Un grupo es ortodoxo cuando programa de hecho ese tipo de regulación y cuando la «legitimidad» de esta regulación forma, ella misma, parte de la doctrina atestada por el grupo.

Deconchy engloba bajo el término de «sistema ortodoxo» el conjunto de «dispositivos sociales y psicosociales que regulan la actividad de un sujeto ortodoxo en el seno de un grupo ortodoxo».

La ortodoxia, así definida, se diferencia, como lo explica Deconchy, de las nociones próximas de «autoritarismo» (T. Adorno) y de «dogmatismo» (M. Rokeach) evitando el «psicologismo» inherente a estos conceptos y presentándose como una «totalidad conceptual» en la cual el sujeto ortodoxo y el grupo ortodoxo se definen *conjuntamente e indisolublemente*: «toda disyunción interna en ese concepto arruinaría su alcance».

Jean Pierre Deconchy ha investigado la naturaleza, los mecanismos y los efectos de las operaciones psicosociales que se despliegan en el seno de los sistemas ortodoxos, tomando la Iglesia Católica como campo de experimentación. Sin embargo, está claro que cualquier ideología puede transformarse en un sistema ortodoxo a partir del momento en que el grupo que la ostenta se dota de un centro que regula por derecho las características ideológicas definitorias de la inclusión o la exclusión de los sujetos en el grupo.

La segunda noción-base con la que trabaja Deconchy es la noción de «efervescencia ideológica» que recibe el nombre de «mesianismo» cuando se manifiesta en el marco de los fenómenos religiosos. La noción de efervescencia recurre a aquellos mecanismos psicosociales «desreguladores» que se manifiestan en los «sistemas socioideológicos» y tienden a dislocar las formas establecidas de regulación de la información y de las estructuras, en un clima de efervescencia social. Es evidente que la noción de efervescencia se revela mucho más difícil de operacionalizar y de someter a investigación que la noción de ortodoxia. Como lo señala Deconchy: «el método experimental, aunque se aplique en medio natural como hemos intentado hacerlo, tiende casi siempre a miniaturizar, a canalizar y a dominar los fenómenos que pretende estudiar; los fenómenos efervescentes dejarían, por definición, de ser efervescentes tan pronto como se les aplicase este tipo de tratamiento».

Pese a las dificultades que comporta, la

³ J.P. Deconchy, *Orthodoxie religieuse et sciences humaines*, The Hague, Mouton Publishers, 339 pp., 1980.

noción de efervescencia es imprescindible para comprender el funcionamiento de los sistemas socioideológicos; no solamente por causa de un hecho de observación bien establecido según el cual suelen aparecer, en el seno de estos sistemas, episodios más o menos cíclicos de brotes efervescentes, sino también porque la ortodoxia y la efervescencia están entretejidas en una incesante dialéctica. A veces se da el caso de que sean las propias ortodoxias (ortodoxias «amenazadas» y ortodoxias «decepcionadas» las que engendran efervescencias que luego incorporan en una operación de rejuvenecimiento y de nueva vitalidad. Esto no deja de evocar, en cuanto a sus efectos, las funciones que desempeñan las «crisis» en distintas esferas de la realidad social.

Antes de presentar las principales hipótesis y los principales resultados de Deconchy es ineludible comentar el enfoque metodológico. Este ha consistido en implantar: «dispositivos experimentales en ciertas zonas de ese sistema tan sofisticado a nivel cognitivo y social que constituye la Iglesia Católica».

El enfrentamiento, a veces violento, entre las orientaciones «experimentalistas» adictas al laboratorio, y las orientaciones «naturalistas» afincadas en los escenarios naturales, remite por momentos y parece que se permeabilicen las fronteras metodológicas en un afán de aprovechar lo que puedan tener de positivo ambos enfoques. Sin embargo, el eclecticismo resultante sigue constituyendo una clara muestra de la incapacidad epistemológica en que se debate la psicología social para sobrepasar los términos en presencia. En efecto, una actitud metodológicamente conciliadora no conduce más que a constituir los dos enfoques en tanto que momentos distintos en el seno de un mismo proceso de investigación. Deconchy ha intentado sobrepasar a la vez el conflicto y la conciliación ecléctica, para desembocar en una síntesis que fuera por fin epistemológicamente satisfactoria. Considero esta aportación metodológica tan importante como la

propia aportación sustantiva y no me desdigo al respecto de lo que escribía en 1971: «era necesaria la conyunción de una profunda convicción epistemológica, por una parte, y de las peculiares exigencias inherentes a la naturaleza misma del objeto investigado, por otra, para que esta síntesis pudiera ser intentada. Deconchy lo ha intentado y, a mi entender, lo ha conseguido. Puesto que se trataba de estudiar un sistema ortodoxo era necesario trabajar con un grupo natural que estuviera regulado por este tipo de sistema; puesto que se trataba de alcanzar leyes generales era necesario experimentar. El problema se resolvía insertando la experimentación en el funcionamiento natural de grupos religiosos, y más precisamente católicos, puesto que son ellos quienes “realizan” con mayor vigor el funcionamiento ortodoxo. Pero esta inserción es problemática y Deconchy lo sabe. Trabajar sobre sistemas sociales naturales exige que, tanto por razones científicas como deontológicas, se preserve su identidad, durante y después de la intervención, cosa que reduce el campo experimental posible. Por otra parte sería ingenuo creer que no se modifican las características naturales de un grupo cuando se le inyectan elementos que no ha generado por sí mismo; por lo tanto (y es lo que hace Deconchy) sólo se le pueden inyectar aquellas variables que el mismo suele secretar de vez en cuando, aunque sea de forma ciertamente más lenta y con características menos “puras”. Hay que intentar además minimizar la alteración de las características naturales que puede ser provocada por el hecho mismo de la “inyección”. Con todo, la prudencia debe gobernar las posibles generalizaciones, ya que es innegable la diferencia que media entre la historia de la génesis natural de una variable y la diacronía experimental que la substituye».

Los resultados de estas investigaciones (un total de 28 experimentos en situación natural) se recogen en los tres capítulos del libro.

En el primero, Deconchy pone a prueba y

confirma la hipótesis clave de todo su sistema teórico: «en los sistemas ortodoxos la fragilidad racional de la información se compensa por medio del vigor de la regulación».

Deconchy demuestra, por ejemplo, que cuanto más se debilita, con ayuda de argumentaciones técnicas, la base racional que un sujeto ortodoxo atribuye a un doxema determinado (nombre que se da a un ítem particular dentro de un sistema de creencias y que, en este caso, consiste en una proposición religiosa básica), mayor es el grado en que el sujeto ortodoxo se refugia en los mecanismos de regulación ortodoxa, y, en consecuencia, mayor es el grado en que considera que es necesario aceptar ese doxema particular para pertenecer al grupo. Asimismo, si se logra convencer a un sujeto ortodoxo de que el aparato regulador de su grupo no exige la aceptación de un doxema determinado para pertenecer al grupo, entonces el sujeto ortodoxo tolera más fácilmente que este doxema se aparte de las normas de la razón.

Es imposible ofrecer aquí todos los resultados alcanzados por el autor y me ceñiré a uno de ellos. Por ejemplo, el que pone de manifiesto el efecto reductor ejercido por la regulación ortodoxa sobre la amplitud del léxico espontáneamente disponible para el sujeto. Si se pide a un sujeto ortodoxo que formule un comentario acerca de un objeto religioso, éste utilizará un número de palabras distintas, tanto más reducido (para una misma longitud total de discurso) cuanto más presente tenga en su mente su pertenencia al sistema ortodoxo. Es más importante no decir lo que no se debe decir que decir lo que se debe decir; *evitar la herejía es más apremiante que proclamar el dogma*. Como último dato referente a este capítulo indiquemos que Deconchy utiliza tres situaciones experimentales: ortodoxia «amenazada», ortodoxia «tranquila», y ortodoxia «reforzada».

En el segundo capítulo el autor emplea lo que denomina «parámetros de segunda generación». Su propósito consiste en analizar

lo que sucede cuando los sujetos ortodoxos descubren cuál es la «mecánica interna» de la ortodoxia, y toman conocimiento de cuál es, precisamente, su propio modo de funcionamiento. Concretamente, Deconchy informa a los sujetos (sacerdotes, monjas, teólogos...) de cuáles son los resultados que ha conseguido con los parámetros de primera generación, es decir, les explica la manera en que cualquier sujeto ortodoxo tiende a reaccionar ante, por ejemplo, una debilitación de las bases racionales de sus creencias. Para hacer frente a esta información los sujetos ya no pueden recurrir al mecanismo que consiste en incrementar el vigor de la regulación, puesto que este mecanismo ha sido demistificado ante sus propios ojos. Los sujetos aceptan entonces conceder un valor informacional a ciertas efervescencias sociales y cognitivas, contra las cuales tienen tendencia a inmunizarse cuando se encuentran en situación de ortodoxia «tranquila» y que ahora recuperan para que no se deteriore el sistema. Recurren por ejemplo a procesos de «utopización», de «escatologización» y de «misticización»; la ortodoxia acosada libera, por sí misma, procesos efervescentes que luego deberá reabsorber.

En su último capítulo, Deconchy demuestra sin embargo que no todos los discursos científicos, demistificadores de los procesos de regulación ortodoxa, conducen necesariamente a una «crisis» y a una «excitación» de las efervescencias. En efecto, el discurso científico teórico-experimental consigue efectivamente este resultado, pero no así el discurso científico empírico-positivista, aunque esté nutrido de intencionalidad contestataria. El sistema ortodoxo lo acepta plenamente debido quizá al «evidente isomorfismo de método, y quizá de ideología, que existe entre ambos». El sistema ortodoxo no se siente afectado por la información empírico-descriptiva acerca de su funcionamiento, y puede perfectamente coexistir con ella, pero sólo puede hacer frente al discurso teórico-experimental relajando, por lo me-

nos en apariencia, el vigor de sus regulaciones y dejando que se expresen los procesos desreguladores que suele acallar, generalmente, con eficacia.

Desearía haber tenido la fortuna de reflejar el interés que presenta la obra de Deconchy y que sobrepasa con mucho el que pueda desprenderse de los contados resultados a los que he podido referirme aquí. Por supuesto, la obra de Deconchy no está acabada y son muchos los interrogantes que quedan por dilucidar en el campo de los sistemas sociocognitivos. Considero bastante sintomático el hecho de que mis críticas no encuentren presa en el corpus teórico elaborado por el autor y que apunten solamente a las lagunas, o mejor dicho, a algunas zonas que el trabajo de Deconchy ha dejado sin explorar, y que me parecen cruciales: por una parte, los procesos efervescentes que conducen hacia efectos de innovación ideológica; por otra parte, los procesos reguladores que funcionan en las ortodoxias *basadas en la razón*.

El propio Deconchy señala el interés (y la dificultad) que presenta el estudio de la «creación ideológica», y nos avisa de que no lo aborda, ya que, en última instancia, el sujeto ortodoxo y el «contestatario mesiánico» permanecen en el interior de una misma ideología. ¿Pero qué ocurre cuando la efervescencia ya no tiene por acicate el deseo de un «retorno a las fuentes primitivas» o el deseo de que se proceda «a una lectura distinta del mismo texto pero desde los mismos valores fundacionales»? ¿Qué ocurre cuando la efervescencia es anunciadora de fenómenos que se asemejan a los «cambios paradigmáticos» de T. Kuhn, a los «cambios-2» de P. Watzlawick o a aquellas emergencias para las cuales uno intuye que ha sido concebida la teoría de las «catástrofes» de R. Thom? Hay pocas dudas sobre el hecho de que los procesos efervescentes implicados, y las regulaciones sociales desplegadas, deben ser bastante distintas de las que describe Deconchy. Pese a las innumerables dificultades

que plantea su estudio, habrá que abordarlo algún día y rendir cuenta de lo que se esconde tras el vocablo «poiesis» y que constituye uno de los procesos sociales más importantes, más atractivos y más misteriosos, que se ofrecen a las ciencias sociales y humanas.

Deconchy ha estudiado unos sistemas en los cuales la instancia legitimadora del valor de los doxemas consiste en un centro regulador cuya legitimidad es atestada por el propio corpus de creencias que debe legitimar, estableciéndose una relación de interioridad entre los valores del sistema y los criterios que legitiman los mecanismos de la regulación. Las creencias no tienen pues por qué adecuarse a normas de validez exteriores, como por ejemplo las normas de la razón. Este tipo de sistema, que ha sido, creo, hegemónico hasta hoy y que encuentra su tipo casi ideal en las instituciones religiosas, engendra, como hemos visto, un tipo de regulación ortodoxa bien definida, ¿pero qué ocurre cuando las creencias se perciben como dependientes de un factor de validación externo (por ejemplo, el conocimiento científico) y cuando los doxemas encuentran su legitimidad precisamente en la anulación de la distancia que les separa de la razón ($eR=0$ en la terminología de Deconchy)? ¿Cuáles son entonces los mecanismos reguladores que entran en juego para preservar los sistemas sociocognitivos? ¿Cuáles son las características de los eventuales brotes efervescentes? ¿Tiene sentido hablar de ortodoxias racionales?

Si es cierto, como lo pretende Foucault, que se está operando una transición desde los sistemas basados en la Ley, hacia los sistemas basados en la Norma, las respuestas se hacen acuciantes.

No dudo de que los próximos trabajos de Deconchy inspirarán nuevas preguntas e incitarán a nuevas reflexiones. Me gustaría concluir señalando una vez más las tres grandes virtudes que veo en la investigación de Jean Pierre Deconchy:

1.º La elección de un fenómeno crucial

para la psicología social, y que deberá constituir uno de sus principales campos de investigación en una fase de mayor madurez, a saber: *los sistemas sociocognitivos y los procesos ideológicos*.

2º La elaboración de conceptos que son *indisolublemente psicosociales* y en los cuales queda anulada la distancia que separa lo individual y lo grupal.

3º La opción metodológica, igualmente alejada de la esterilidad teórica inherente al *experimentalismo de corte positivista*, y del irrefutabilismo que caracteriza al enfoque *empírico-descriptivo de corte fenomenológico*.

T. IBÁÑEZ
Subdepartament de Psicologia
Social de la U.A.B.

Las figuras parentales y la representación de Dios: un estudio psicológico y transcultural

Antoine Vergote y Alvaro Tamayo
The Parental Figures and the Representation of God. A Psychological and Cross-Cultural Study.

Leuven - The Hague, 1980,
255 págs., Ed. Leuven University
Press and Mouton Publishers,
Krakenstraat, 3; B-3000 Leuven
(Bélgica)

¿Qué significado tiene para el ser humano la polaridad padre-madre? ¿Cuál es su función en la génesis de la relación afectiva y en la constitución de las actitudes éticas y religiosas? ¿Es algo distinto para ambos sexos y para culturas diferentes y, en caso afirmati-

vo, en qué consisten las diferencias? Los profundos cambios sociales que tanto han afectado las relaciones entre la mujer y el hombre ¿han alterado el significado de esta polaridad?

Éstas son las preguntas que empezó planteándose el profesor A. Vergote, de la Universidad de Lovaina (Bélgica), al principio de la década de los años sesenta. Tras casi veinte años de investigación al frente del Centro de Psicología de la Religión, secundado por un equipo entusiasta de profesores ayudantes, con la participación de decenas de estudiantes que realizaron allí sus memorias de licenciatura y tesis doctorales, Vergote ha culminado un trabajo de extraordinario interés científico para el estudio del comportamiento humano, tanto desde la perspectiva psicológica y clínica, como educativa y religiosa.

A. Tamayo, que había realizado su doctorado sobre aquella problemática en la Universidad de Lovaina, consagró el año sabático que le concedía la Universidad de Brasilia, de la cual es profesor, a la revisión crítica del texto final en cuya redacción también participó directamente, así como otros colaboradores de Vergote. Es por esto que figura como coautor del trabajo.

Se trata de una obra densa, de lectura apasionante, que trata de una temática compleja, controvertida a menudo, y de gran importancia para el futuro del hombre. Ello me obliga a dedicarle una extensión que puede parecer desmesurada para una recensión, pero sin lo cual no me sería posible satisfacer la legítima curiosidad del lector que desee saber el alcance de esta investigación.

En su proyecto Vergote se propone, a partir de un marco teórico conciso y claro (Cap. 1), construir un instrumento adecuado (Cap. 2) que le permita estudiar empíricamente en distintos grupos de individuos (Caps. 3, 4, 5, 6 y 7) las relaciones entre las dos grandes figuras estructuradoras de la personalidad —el padre y la madre— y la representación de Dios. La obra de Vergote, que sintetiza al